

nientes que podrían nacer de la destrucción del Evangelio, y que quizá no han examinado bastante los inventores. Desde luego comprendo muy bien que las personas de talento y de gusto se sientan heridas y murmuren á la vista de tantos sacerdotes cascarríos como se cruzan en su camino y ofenden sus ojos; pero esos sabios reformadores no consideran á la vez qué ventaja y qué felicidad es para grandes espíritus tener siempre á la mano objetos de menoscipio para poder ejercitar y acrecentar sus talentos, y para impedir que su mal humor se vuelva contra ellos mismos ó sus semejantes, particularmente cuando todo eso puede hacerse sin el menor peligro para sus personas. Y para aducir otro argumento de naturaleza análoga: si se aboliese el cristianismo, ¿cómo podrían encontrar los librepensadores, los grandes dialécticos, los hombres de ciencia profunda, un asunto tan á propósito en todos sentidos para poder desplegar su talento? ¿De qué maravillosas producciones del espíritu no nos veríamos privados, si perdiésemos las de los hombres cuyo genio, por una práctica constante, se cifra enteramente en burlas é invectivas contra la religión, y que serían incapaces de brillar ni distinguirse en ningún otro asunto? ¡Nos quejamos diariamente de la gran decadencia de ingenio entre nosotros, y querríamos suprimir la mayor, quizá la única fuente que le queda!—Pero he aquí la más poderosa de las razones, la razón completamente invencible. Me temo mucho que á los seis meses de aprobarse el acta aboliendo el Evangelio, los fondos del Banco y de las Indias Orientales bajen 1 por 100, cuando menos. Y puesto que eso es cincuenta veces más que lo que la sabiduría de nuestra edad ha juzgado conveniente arriesgar por la salvación del cristianismo, no

hay ninguna razón para exponerse á tan gran pérdida por el solo placer de destruirle.»

Swift no es más que un combatiente, lo concedo; pero cuando se abarca de una ojeada ese buen sentido y ese orgullo, ese imperio sobre las pasiones de los demás y ese imperio sobre sí, esa fuerza de odio y ese empleo del odio, hay que convenir en que apenas ha habido combatientes semejantes. Es polemista como Anníbal fué *condottiere*.

IV

Por lo común, la noche de la batalla es noche de expansión: se bromea, se ríe, se habla en prosa y en verso; pero esa noche es continuación del día, y el espíritu que ha dejado su huella en los trabajos deja su huella en las diversiones.

¿Qué más alegre que las veladas de Voltaire? Se burla; pero ¿advertís en su burla una intención dañina? Se indigna; pero ¿advertís en sus cóleras una índole rencorosa y aviesa? Todo es amable en él. En un instante, por necesidad de acción, pega, acaricia, cambia cien veces de tono y de semblante, con bruscos movimientos, con impetuosos repentines; á veces parece un niño; siempre es hombre de mundo, de gusto y de conversación. Quiere festejarme; por distraerse y distraerme, me lleva en un momento al través de mil ideas, sin esfuerzo ninguno. ¡Seductor amo de casa, que quiere agradar, que sabe agradar, que no tiene horror más que al tedio, que no desconfía de mí, que no se violenta, que es siempre él mismo, que derrama á raudales las ideas, la afabilidad y la jovialidad.

dad! Si yo estuviese con él, y se burlase de mí, no me enfadaría; me pondría al unísono con él, me reiría de mí mismo; comprendería que su único deseo es pasar una hora agradable, que me trata como igual y como convidado, que brotan de él las bromas como las chispas de un fuego de invierno, y que no por eso es menos atractivo, ni menos saludable, ni menos animador.

¡Haga Dios que Swift no se burle nunca á mi costal! El espíritu positivo es demasiado sesudo y demasiado seco para ser amable y alegre. Cuando tropieza con lo ridículo, no se entretiene en desflorarle; lo estudia; penetra en el caso gravemente, lo posee á fondo, conoce todas las subdivisiones y todas las pruebas. Ese conocimiento profundo no puede producir más que una burla abrumadora. La de Swift, en el fondo, no es más que una refutación por el absurdo, enteramente científica. Por ejemplo: el *Arte de mentir en política* es un tratado didáctico, cuyo plan podría servir de modelo. «En el primer capítulo de ese excelente tratado, el autor examina filosóficamente la naturaleza del alma humana y las cualidades que la hacen capaz de mentir. Supone que el alma se asemeja á un espejo plano-cilíndrico, en que la faz plana representa las cosas según son; y la faz cilíndrica, según las reglas de la catóptrica, debe representar las cosas verdaderas como falsas y las cosas falsas como verdaderas. En el segundo capítulo trata de la naturaleza de la mentira política; en el tercero, de la legitimidad de la mentira política. El cuarto se consagra casi todo á resolver esta cuestión: si el derecho de fraguar mentiras políticas pertenece únicamente al gobierno?» En otra parte, nada más vigoroso, más digno de una Academia de las inscripciones, que el razonamiento con

que presenta un juguete de Pope (1), como un libelo insidioso contra la religión y el Estado.

Sus pasiones, como su ingenio, son demasiado fuertes. Por arañar desgarrar; su burla es fúnebre; en son de broma hace saborear al lector todo lo ingrato de la enfermedad y la muerte. Habiéndose hecho astrólogo un antiguo zapatero, llamado Partridge, Swift, con una flema imperturbable, toma un nombre de astrólogo, compone consideraciones sobre los deberes del oficio, y, para infundir confianza al lector, se pone á predecir á su vez. «Mi primera predicción no es más que una bagatela; sin embargo, la menciono para demostrar hasta qué punto son ignorantes en sus propias cosas esos vanos aspirantes á astrólogos. Se refiere á Partridge, el fabricante de almanaques. He consultado según mis reglas la estrella de su natividad, y veo que morirá infaliblemente el 29 de Marzo próximo, hacia las once de la noche, de un tabardillo; se lo advierto para que deje arreglados todos sus asuntos.» Pasado el 29 de Marzo, refiere que el empresario de la funeraria ha ido á vestir de negro el aposento de Partridge; luego ha ido Ned el sepultero, preguntando si la fosa se ha de revestir ó no de ladrillo; después Mr. White el carpintero, para poner tornillos al ataúd; después el marmolista, con la cuenta. En fin, un sucesor ha ido á establecerse en los alrededores, «diciendo en sus prospectos que habita en la casa del difunto Mr. John Partridge, gran inteligente en cueros, en medicina y en astrología». Ois de antemano las reclamaciones del pobre Partridge. Swift, en su contestación, le prueba que está muerto, y se asombra de sus injurias. «Llamar á un hombre bribón, vi-

(1) *El Rizo robado.*

llano é insolente, porque difiere de él en una cuestión puramente especulativa, es, en mi sentir, un estilo muy inconveniente para una persona de la educación de Mr. Partridge. Apelo al mismo Mr. Partridge: ¿es concebible que yo haya sido bastante indiscreto para empezar mis predicciones con la única falsedad que se ha pretendido encontrar en ellas», sobre un asunto doméstico tan próximo, donde debía ser tan fácil el descubrimiento de la impostura? Mr. Partridge se engaña, ó engaña al público, ó quiere defraudar á sus herederos.—En otra parte la broma lúgubre llega á ser más lúgubre. Swift supone que su enemigo el librero Curl acaba de ser envenenado, y refiere su agonía. Un practicante del Hôtel-Dieu, no escribiría más friamente un diario más repulsivo. Los pormenores son de una minuciosidad admirable, pero atroz. Los leemos riendo, ó, mejor, con una sonrisa falsa y con el corazón oprimido, como si presenciásemos las extravagancias de un loco de hospital. Swift es siempre trágico en su alegría; nada desarruga su ceño; hasta cuando os sirve, os hiere. En su mismo diario á Stella hay una especie de austeridad imperiosa; sus complacencias son las de un maestro con un niño. Ni la gracia, ni la dicha de una joven de diez y seis años logran ablandarle (1). Esa joven acaba de casarse, y él la dice que el amor es una niñería ridícula; luego añade con una brutalidad perfecta: «Vuestro sexo emplea en hacerse extravagante mayor cantidad de pensamiento, de memoria y de aplicación que la necesaria para ser juicioso y útil. Cuando medito en esto, no puedo concebir que seáis criaturas humanas; sois de una especie que apenas se eleva sobre el mono.

(1) *Letter to a very young lady.*

Todavía un mono tiene cosas más divertidas; es un animal menos maléfico y costoso; con el tiempo podría hacerse un crítico pasable en materia de terciopelo y de brocado, y esos adornos, á mi ver, le sentarían tan bien como á vosotras.»

¿Aplacará la poesía á un espíritu así? Aquí, como en otras partes, es más infortunado que nadie. Le están vedados los grandes arrobamientos de la imaginación, lo mismo que los donaires de la conversación. No puede encontrar ni lo sublime ni lo agradable; no conoce ni los transportes del artista ni los solaces del hombre de mundo. Dos sonidos semejantes al fin de dos líneas iguales han consolado siempre las más punzantes penas; la antigua musa, después de tres mil años, es una joven y divina nodriza, y su canto arrulla á las naciones enfermizas á quienes visita aún como á las jóvenes razas florecientes donde ha aparecido. La música involuntaria en que el pensamiento se envuelve oculta la fealdad y desvela la belleza. El hombre febril, después de la labor de la tarde y las angustias de la noche, ve por la mañana la radiante blancura del cielo, y por todas partes la alegría de la naturaleza entra, con el olvido, en su corazón. Si sus miserias le persiguen, el soplo poético, que no puede borrarlas, las transforma: esas miserias se ennoblecen, despiertan tiernos sentimientos, y desde entonces las soporta; porque lo único á que no puede resignarse es la pequeñez. Ni Fausto ni Manfredo han apurado el dolor humano; no han bebido de la copa cruel más que el vino generoso; no han llegado hasta las heces. Han gozado de sí mismos y de la naturaleza; han saboreado la grandeza que había en ellos y la belleza que había en las cosas; han apretado con sus manos doloridas todas las espinas de que la necesidad

ha erizado nuestro camino, pero entre ellas han visto florecer rosas, vivificadas por lo más puro de su noble sangre. Nada parecido en Swift: lo que más falta á sus versos es la poesía. El espíritu positivo no puede amarla ni entenderla; no ve allí más que un artificio ó una moda, y no la emplea más que por vanidad ó por convención. Cuando en su juventud probó á hacer odas pindáricas, dió una caída deplorable. Yo no recuerdo una sola línea suya que indique un sentimiento verdadero de la naturaleza; no veía en los bosques más que leños, ni en los campos más que costales de grano. Empleó la mitología como se pone una peluca, como cosa que se despega, con enojo ó con desdén. Su mejor composición, *Cadenus y Vanessa*, es una pobre alegoría gastada. Para alabar á Vanessa, supone que las ninfas y los pastores litigan ante Venus, las unas contra los hombres, los otros contra las mujeres, y que Venus, queriendo terminar esos debates, forma en Vanessa un modelo de perfecciones. ¿A qué puede prestarse tal concepción, sino á vulgares apóstrofes y á comparaciones de colegio? Swift, que dió la receta de un poema épico, es aquí el primero que la utiliza. Y todavía sus bruscos exabruptos prosaicos desgarran á cada instante esa trapería griega. Transporta al cielo el procedimiento judicial; impone á Venus todos los términos técnicos. Presenta «testigos, cuestiones de hecho, sentencias con costas». Se grita tanto, que la diosa teme caer en descrédito, ser expulsada del Olimpo, verse enviada de nuevo al mar, su patria, «para vivir allí recluida con las sirenas, reducida al pescado, en una cuaresma perpetua». Cuando en otra parte narra la leyenda conmovedora de Filemón y Baucis, la envilece falsificándola. No ama la nobleza y la belleza antiguas; los dos dioses

se truecan en sus manos en frailes mendicantes, Filemón y Baucis en campesinos de Kent; su casa se torna iglesia, y Filemón se convierte en cura, «que sabe hablar de diezmos, fumar en pipa, leer el periódico, murmurar contra los disidentes y defender con firmeza el derecho divino». Abunda el ingenio incisivo en versos robustos, de una facilidad y una precisión extraordinarias; pero, comparado con nuestro La Fontaine, aquello es vino hecho vinagre. Aun al llegar á la encantadora Vanessa, su vena fluye sin desmentirse: para elogiarla de niña, la pone como muchacha modelo en el cuadro de honor, al modo de un maestro de escuela. «Se decidió que la conducta de todas las demás se juzgaría en vista de la suya, como guía infalible. Las niñas que cayesen en falta oirían entonar á menudo las alabanzas de Vanessa. Cuando miss Betty cometa una torpeza, cuando deje caer el cuchillo ó vierta la sal, su madre la dirá para reñirla: «¡Eso no lo ha hecho nunca Vanessa!» ¡Singular modo de admirar á Vanessa y de demostrarla que se la admira! La llama ninfa, y la trata como á una niña de escuela. «Cadenus podía alabar, estimar, aprobar; pero no comprendía lo que era amar.» Nada más cierto, y Stella ha podido apreciarlo como las demás. Los versos que él la dedica periódicamente en su cumpleaños son censuras y elogios de pedagogo; si la concede buenos puntos, es con restricciones. Un día la echa un sermoncito sobre la falta de paciencia; otra vez, por vía de cumplido, la espera esta advertencia delicada: «Stella, este día cumples treinta y cuatro años...; pero no te apures, aunque tengas doble talle y doble edad que cuando te vi por vez primera á los diez y seis, en aquellos días en que eras la virgen más brillante de la pradera. Lo poco que tu belleza

ha perdido, tu espíritu lo compensa con usura.» É insiste con un gusto exquisito: «¡Oh! ¡Si pluguiese á los dioses dividir en dos mitades tu belleza, tu talle, tus años y tu espíritu, ningún siglo podría ofrecer un par de ñinfas tan graciosas, tan discretas y tan bellas!» Decididamente, este hombre es un carpintero de brazo formido, terrible en el trabajo y en la refriega, pero hombre limitado y que maneja una mujer como si fuese una viga. Las rimas y el ritmo no son más que máquinas que le sirven para prensar y lanzar su pensamiento; no ha puesto en sus versos más que prosa; la poesía era demasiado delicada para ser manejada por esas rudas manos.

Pero en las materias prosaicas, ¡qué verdad y qué fuerza! ¡Cómo eclipsa esa viril desnudez de elegancia rebuscada y la poesía artificial de Addison y Pope! Nada de epítetos; deja su pensamiento tal como es, estimándole por sí mismo, sin necesidad de adornos, y sobreponiéndose á los procedimientos del oficio, á los convencionalismos de escuela, á la vanidad de versificador, á las dificultades del arte, con pleno dominio de su asunto y de sí propio. Esa sencillez y esa naturalidad asombran en el verso. Aquí, como en otras partes, su originalidad es completa, y su genio creador; va más allá de su siglo clásico y tímido; domeña la forma, rompe los moldes, se atreve á decirlo todo sin economizar ninguna crudeza. Reconozcamos la grandeza en esa invención y en esa audacia; sólo es un hombre superior el que lo encuentra todo y no copia nada. ¡Qué acerbidad cómica en la *Gran cuestión debatida!* Se trata de pintar la entrada de un capitán en un castillo, sus humos, su insolencia, su estolidez y la admiración que le atraen su insolencia y su estolidez. La señora le sirve antes que á nadie; los criados aso-

man la nariz por la rendija de la puerta para ver su uniforme bordado.

«Los curas están á punto de reventar de envidia.»— «Querida señora, tened por seguro que es un hombre que habla á maravilla; no hay más que oír qué bien muerde su lengua al clero.»— «Señora (dice el capitán), si dais tales comidas no os faltarán curas mientras viváis. Jamás he visto un cura que no tuviese buen olfato. Pero en cualquier parte se recibiría al diablo mejor que á ellos. ¡Por vida de...! nos dicen que nos corriamos y nos arrepintamos; pero ¡diantre! en su cara se ve bien que no pasan cuaresmas.— Señor cura, con todos vuestros aires de gravedad, me temo mucho que ponga usted ojos de carnero á la doncella de la señora. Yo deseo que os preste su linda mano blanca para remendaros la sotana y plancharos el alzacuello.— Dondequiera que veáis una sotana, apostad ciento contra uno á que dentro hay un patán... ¿Queréis dar buena educación á un joven? El ejército es la única escuela buena de toda la nación.»

Esto ha sido *visto*, y tal es la belleza de los versos de Swift: son personales; no son temas desarrollados, sino impresiones sentidas y observaciones hechas. Léase el *Diario de una dama moderna*, el *Ajuar del espíritu de una dama* y tantas otras composiciones: son diálogos transcritos ó juicios anotados al salir de un salón. La *Historia de un matrimonio* presenta un deán de cincuenta y dos años que se casa con una joven coqueta. ¿No se ve en ese solo título los temores del célibe de Saint-Patrick? ¿Qué diario más íntimo y más acerbo que los versos *sobre su propia muerte?*

«¿Cómo va el deán?—A duras penas vive. Ahora se leen las oraciones de los moribundos. Respira con di-

ficultad. El deán ha muerto.—Antes de que doblen las campanas, la noticia ha recorrido toda la ciudad.»—
«¡Ah! Todos debemos prepararnos á morir.—¿Qué ha dejado? ¿Quién es su heredero?—No sé más que lo que se dice. Lo ha legado todo al público.—¿Al público? ¡Vaya un capricho! ¿Qué había hecho el público por él?—Pura envidia, avaricia y orgullo. Lo ha dado todo; pero ha muerto antes.—¿No tenía el deán en toda la nación algún amigo valioso, algún pariente pobre? ¡Tan dispuesto á hacer bien á los extraños, olvidando á los que son su carne y su sangre!...» Las amigas, cuyos tiernos corazones han aprendido mejor á representar un papel, reciben la noticia con cara compungida:—«El deán ha muerto (haced el favor: ¿qué tenemos de triunfo?)—¡Que Dios tenga piedad de su alma!—Se dice que llevarán el paño mortuario seis deanes. (Vaya un envite.)—Señora, ¿asistirá vuestro esposo á los funerales de tan buen amigo?—No, señora: es un espectáculo demasiado triste, y además tiene una invitación para mañana por la noche: milady Club llevaría á mal que faltase á su cuatrillo. El quería al deán (salgo con oros), pero los mejores amigos, como se dice, tienen que separarse. Le había llegado la hora; había acabado su carrera. Supongo que se encontrará en un mundo mejor...»—El pobre Pope estará triste un mes, y Gay una semana, y Arbuthnot un día.»

Tal es el inventario de las amistades humanas. Toda poesía exalta, ésta deprime; en vez de ocultar lo real, lo desvela; en vez de ilusionar, desilusiona. Cuando quiere pintar la aurora, nos presenta á «los barrenderos en la calle» y nos hace oír los gritos del mercado. Cuando quiere pintar la lluvia, describe «todos los colores y todos los hedores» de los arroyos crecidos, «los

gatos muertos, las hojas de berza, los peces podridos», que van revueltos en el fango. Los versos de Swift arrastran en sus pliegues todas esas inmundicias. El lector sonríe al ver la poesía rebajada hasta ese oficio; le parece asistir á una mascarada, le parece ver una reina disfrazada de pavera. Se para uno, y mira con ese placer que se siente en beber un licor amargo. Siempre es bueno conocer la verdad, y en la obra magnífica que los artistas nos representan hace falta un empresario que nos diga el número de los alabar-deros y de los comparsas.

¡Menos mal, si todo se redujese á hacer esa cuenta! Feas son las cifras, pero no hieren más que al espíritu; otras cosas falta describir, como la pringue de las candilejas, las hediondecas de los bastidores y todo lo que no se puede nombrar. No sé cómo hacer para indicar hasta dónde se arrebató Swift; pero es preciso, porque esos extremos son el supremo esfuerzo de su genio y de su desesperación: hay que haberlos tocado para medirle y conocerle. Arrastra la poesía, no sólo por el lodo, sino por la basura; en la basura se revuelca como un loco furioso, y con ella salpica á cuantos pasan. Todas las crudezas, comparadas con las suyas, son decentes y agradables. En Aretino y Brantôme, en La Fontaine y Voltaire, hay el pensamiento de un placer. Disculpa á los unos la sensualidad desenfrenada, á los otros la alegría maliciosa; se escandaliza uno, pero no se arquea; no gusta ver en un hombre una furia de toro ó una travesura de mono; pero el toro es tan ardiente y tan fuerte, el mono es tan ingenioso y tan vivo, que acaba uno por mirar ó alegrarse. Luego, por groseras que sean sus pinturas, al fin se relacionan con el amor; Swift no toca más que lo referente á la digestión, y lo hace con repug-

nancia y por venganza. No vaya á comparársele aquí con Rabelais; nuestro buen gigante, médico y borracho, se tiende alegremente en su estercolero sin la menor malicia; el estiércol es abrigado y cómodo; se está allí bien para filosofar y dormir la mona. Las funciones corporales, elevadas á esa enormidad y saboreadas con esa frescura, llegan á ser poéticas. Cuando los toneles se vacían en su gáznate, y las viandas se sepultan en su estómago, toma uno parte por simpatía en tanto bienestar; en los bazuqueos de aquella panza colosal y en la risa de aquella boca homérica, se vislumbran, como al través de una humareda, los recuerdos de las religiones báquicas, la fecundidad, la alegría monstruosa de la naturaleza: son las magnificencias y descaros de sus primeros alumbramientos. El espíritu positivo, al revés, no se fija más que en las bajezas, no quiere ver más que el reverso de las cosas; armado de dolor y de audacia, no economiza ningún pormenor innoble, ninguna palabra cruda. Entra en el cuarto de vestir (1), cuenta los desencantos del amor (2), le deshonorra con una mezcla de farmacia y de medicina (3), describe el afeite y todo lo restante (4). Va á pasearse por la noche á lo largo de los muros solitarios (5), y en esas deplorables pesquisas lleva siempre en la mano el microscopio. Júzguese lo que ve y lo que sufre. Esa es su belleza ideal y su conversación festiva, y adivináis que tendrá por filosofía, como por poesía y por política, la execración y el hastío.

(1) *The lady's dressing-room.*

(2) *Strephon and Chloe.*

(3) *A love-poem from a Physician.*

(4) *The Progress of Beauty.*

(5) *The Problem.* Léase, sobre todo, *Examination of certain abuses.*

V

En casa de sir William Temple escribió el *Cuento del Tonel*, en medio de toda clase de lecturas, como un compendio de la verdad y de la ciencia. Por eso, tal cuento es la sátira de toda ciencia y de toda verdad.

En primer término, de la religión. Allí parece defender la Iglesia de Inglaterra; pero ¿qué Iglesia y qué símbolo no van envueltos en su ataque? Para amenizar su asunto, le profana, y reduce las cuestiones de dogmas á cuestiones de trajes. Un padre tenía tres hijos: Pedro, Martín y Juan; al morir, dejó un traje á cada uno (1), advirtiéndoles que le tuviesen limpio y que le cepillasen á menudo. Los tres hermanos obedecieron durante algún tiempo, y viajaron honradamente, matando «buen número de gigantes y de dragones» (2). Desgraciadamente, habiendo llegado á la ciudad, adquirieron sus costumbres, se enamoraron de varias grandes damas, la duquesa *of Money*, *milady Great-Titles*, la condesa *of Pride*, y, para ganar sus favores, empezaron á vivir como galanes, fumando, jurando, haciendo versos, contrayendo deudas, teniendo caballos, duelos y mozas. Se había fundado una secta, que sentaba por principio que el mundo es un gran guardarropa; porque ¿qué es lo que se llama tierra sino una hermosa casaca matizada de verde? y ¿qué es el mar sino un chaleco color de agua? El

(1) *La Verdad cristiana.*

(2) *Persecuciones y combates de la Iglesia primitiva.*

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1626 MONTERREY, MEXICO

28556